

Mendoza fue única por su atrio franciscano

El espacio de entrada del templo de San Francisco, ubicado frente a la actual plaza Pedro del Castillo, tuvo características particulares en referencia al resto del continente. El terremoto de 1861 lo dejó en ruinas

Daniel Schávelzon
Arqueólogo urbano.
Investigador Conicet.
Profesor de la UBA

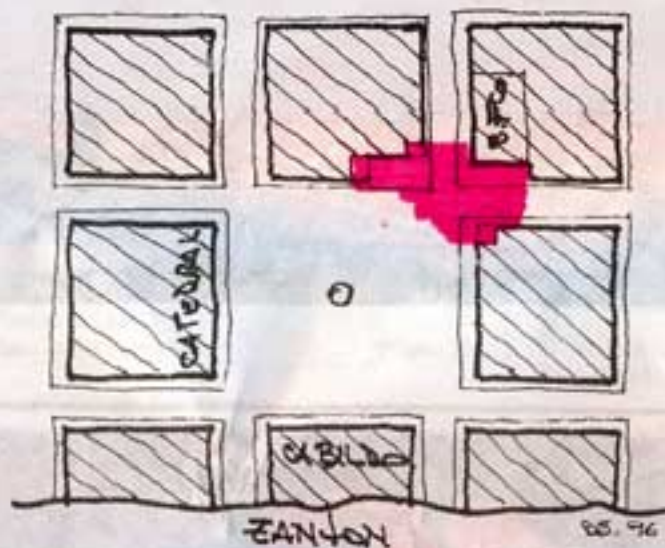


Todas las iglesias cristianas han tenido atrio, es decir, un lugar físico, un espacio claramente delimitado que llevaba ese nombre. Hoy, con el crecimiento de las ciudades, el ensanche de las calles para los automóviles y el necesario invento de las veredas para caminar a salvo, estos han ido desapareciendo. Se fueron transformando en un sitio desleído, casi abstracto, un lugar que muchas veces no es más que una escalera de entrada o la simple vereda donde saludan los novios.

Pero en los orígenes del Cristianismo era un lugar importante: allí se reunían los no bautizados, los que querían entrar en la religión a dar sus pasos preliminares, pero que aún no estaban bautizados. Su forma era de un gran patio rodeado de galerías con columnas, de allí que se lo llamara "atrio", derivado de latín "atrium", que era el patio central de la casa también rodeado de columnas sin techo en el centro para juntar agua de lluvia. Nada recuerda ya esos enormes lugares con la fuente bautismal al aire libre, todo perdido hace más de 15 siglos. Con el tiempo y viniendo hacia aquí, América tuvo

varios tipos de atrios, diversas formas en que fue resolviendo la necesidad de contar con ese espacio externo a la vez que la ciudad americana le exigía un trazado regular de calles y manzanas, y que los terrenos eran cada vez más caros y difíciles de encontrar. Eso les pasó a los jesuitas, llegados tarde al continente y adaptándose a los lotes que algún vecino quiso donarles, con la orientación y forma que hubiese. Las actuales Ruinas de San Francisco son el resultado de eso; una casa que les fue donada con sus tierras en 1608, una obra nunca concluida, dos grandes terremotos en 1731 y 1861, una inundación tremenda en 1716, la expulsión de 1767 y su paso a los franciscanos que, a su vez, la dejaron en 1861, cuando todo se vino abajo con el gran terremoto. ¿Y el atrio, dónde está o estaba?

Cuando vemos las viejas ilustraciones de la iglesia, que son sólo dos en realidad, hechas por Anton Göering y Juan León Pallière sin saber quién copió a quién, San Francisco parecería no tenerlo o al menos sólo se ve un pequeño retraimiento de la fachada para dejar una vereda un poco más ancha. Si eso era todo, era bastante pobre para la enormidad de edificio, convento y terreno que tenían. En los planos anteriores nada figura sobre el asunto, ni siquiera se lo destaca en el plano hecho en 1859,



Planito. La zona en rosa indica el sector que ocupaba el atrio franciscano.

"Todo lo que hacían estaba en su manual y debía ser aprobado por la orden y por el rey, nada de improvisar cosas extrañas; y pese a eso, en este caso todo fue diferente".

pese a que los dos cuadros citados se hicieron posiblemente un año antes. Parecería que San Francisco tenía, pero no tenía su atrio.

Eso, por supuesto, no sería importante o no mucho, si no fuese por que sí tuvo -algo de excepción en el continente-, más con una orden como los jesuitas que tenían muy bien reglada su arquitectura. Todo lo que hacían estaba en su manual y debía ser aprobado por la orden y por el rey, nada de improvisar cosas extra-

ñas; y pese a eso, en este caso todo fue diferente.

Esto de variar, por otra parte, no sería demasiado raro, ya que para esa época gran parte de las iglesias había perdido sus espacios atriales, pero por suerte una observación cuidadosa nos va a permitir descubrir varios detalles más que interesantes.

Al parecer quien hizo el frente o cuando se construyó la iglesia, eso ya nunca lo sabremos, se concibió el espacio atrial de una manera única en el continente. Pese a la enorme variedad de estos lugares que existe en América -incluidos desde grandes sitios cerrados con muros, capillas para apoyar las imágenes en las procesiones, grandes cruces, altares, aljibes, galerías de diferentes tipos, capillas abiertas; con formas cuadradas, rectangulares e irregulares y hubo hasta quien usó en Perú un mercado inca-, pero en Mendoza y en este caso fue diferente. Simplemente ensancharon su vereda perdiendo muy poco de su espacio propio y usaron la ciudad, los espacios comunes a todos, y de esa manera se comunicaron con la Plaza de Armas -hoy Pedro del Castillo-, tomando así gran visibilidad desde el centro mismo. Recordemos que, además, la calle Beltrán era la entrada a la ciudad misma.

Para concretarlo hicieron lo siguiente: en la manzana de al lado



Como si estuviéramos en el Cabildo. Vista hacia el oeste de la plaza mayor de Mendoza en 1858, pintada por Anton Goering. A la derecha, atrás, se ve el convento de San Francisco.

hicieron el edificio de la esquina, retraído varios metros de lo que hoy llamaríamos "línea municipal", dejando una anchísima vereda (recordemos que esa casa y toda la cuadra era también de ellos). Las calles obviamente se podían ocupar con gente, ya que no había tráfico y en la vereda de enfrente -esa casa ya no les pertenecía-, pero en la esquina una de las llamadas "puertas de esquina", igual que la de la manzana lateral. Eran puertas dobles, que se hacían poniendo un pilar justo en la esquina -no habían inventado la ochava todavía- y una puerta grande a cada lado que al abrirse dejaba al negocio o pulpería totalmente expuesto a la calle.

Todo esto conformaba un enorme espacio ceremonial de excepcional calidad urbana, ya que permitía un doble uso: el habitual, como ciu-

dad o el ritual cuando había procesión o una actividad de la feligresía: pero lo más importante era que la otra esquina era la plaza misma, el centro neurálgico de la vieja ciudad, de esa manera quedaba integrado a ella y por ende tenían el espacio atrial más grande después de la Catedral, el que en realidad era la plaza misma, porque muchas iglesias importantes de América estaban colocadas lateralmente a la Plaza de Armas y la aprovechaban con la expansión de sus actividades en ella. Podemos hoy visitar Quito o Bogotá para verlo.

Puede parecer anecdótico todo esto o interesante para quien se dedique a estudiar la arquitectura mendocina, pero tiene su significación porque si bien los jesuitas tenían una manzana entera y bien pudieron haber dejado un atrio más

"En esto, Mendoza fue única. La bibliografía no muestra otro ejemplo en que se haya solucionado el tema de esta manera, elegante, espacialmente bien resuelta..."

amplio, prefirieron hacer uso de la calle, veredas y correr una casa de la manzana de al lado. Usar la ciudad como propia, dentro de ciertos límites, no era raro, ya que los jesuitas fueron los mayores propietarios tanto urbanos como rurales del territorio y difícilmente alguien en el poder se les opondría a algo que en última instancia era inocente, incluso inte-

resante y hasta inteligente.

Ellos mismos construyeron la casa de la esquina más adentro, fue su propia pérdida de terreno en lugar de hacerlo en su manzana del convento. Por supuesto, no era lo mismo hacer la iglesia más atrás que abrirse a la Plaza Mayor. Podríamos pensar en una picardía de quien lo imaginó y sí, es cierto, y ahí radica su inteligencia. Fue una solución para que desde todas partes se los viera, sin necesidad de estar físicamente frente a la plaza, sino metidos en una esquina incómoda, y una manera de extender su radio físico de actividades de la iglesia o del convento a la ciudad.

En esto, Mendoza fue única. La bibliografía no muestra otro ejemplo en que se haya solucionado el tema de esta manera, elegante, espacialmente bien resuelta y en espa-

cios que no eran de ellos ni debían mantener. Obviamente, el terremoto acabó con todo, las propiedades de los jesuitas ya habían pasado a los franciscanos o a las Temporalidades, que las fueron vendiendo.

Resulta aún más interesante esta historia si recordamos que el proyecto original del intendente Víctor Fayad, en 1988, en que se comenzó a recuperar el que fuera el Cabildo y la plaza fundacional, implicaba retomar también esa perspectiva, incluso cerrar las calles al tráfico -se lo hizo en una calle-, uniendo la plaza Pedro del Castillo con San Francisco. Quizás todavía podría hacerse y si no fuera posible por los problemas que traería -igualmente creo que son posibles de salvar-, tampoco es tan trascendente. Quedémonos contentos con saber que en eso también Mendoza fue única.